

LIONEL. (A Juana.)—¿Así lo quieres? Nos obligas á ello. Todo depende de tí. Renuncia á Francia, empuña la bandera de Inglaterra y eres libre, y esos furiosos, que pedían tu muerte, te servirán.

FALSTOLF. (Invitándole.)—¡Vamos, vamos, mi general!

JUANA.—¡Excusa tus palabras! Los franceses se adelantan. ¡Defiéndete! (Suenan las trompetas, y Lionel sale apresuradamente.)

FALSTOLF.—¿Sabéis lo que habéis de hacer, oh Reina? Si la fortuna se declara contra nosotros; si veis que huyen nuestras tropas...

LA REINA. (Sacando un puñal.)—¡No tengáis cuidado! No virá para presenciar nuestra derrota.

FALSTOLF. (A Juana.)—Ya sabes lo que te espera. Ahora pide á Dios que favorezca á tu pueblo. (Vase.)

### ESCENA XI.

La REINA, JUANA, y los SOLDADOS..

JUANA.—¡Así lo haré! Nadie me lo estorbará... ¡Oid! ¡Es la marcha guerrera de mi patria! ¡Con qué entusiasmo late mi corazón en mi pecho, y cómo me anuncia la victoria! ¡Que sucumba Inglaterra! ¡Que vengzan los franceses! ¡A ellos, mis valientes! ¡A ellos! ¡La Doncella está cerca de vosotros! No puede ya, como antes, precederos con su bandera... pesadas cadenas la sujetan. Pero su alma, libre de su prisión, vuela sin obstáculos en las alas de vuestra marcha.

LA REINA. (A un soldado.)—Sube á esa ventana, desde donde se domina el campo, y dínos las alternativas de la batalla. (El soldado la obedece.)

JUANA.—¡Valor, valor, pueblo mío! ¡Es la última pelea! Una victoria más, y sucumbe el enemigo.

LA REINA.—¿Qué ves?

EL SOLDADO.—Ya combaten. Un furioso, en un caballo árabe, cubierto con una piel de tigre, se precipita delante de los caballeros armados.

JUANA.—¡Es el Conde Dunois! ¡Adelante, valeroso adalid! ¡La victoria es tuya!

EL SOLDADO.—El Duque de Borgoña ataca los puentes.

LA REINA.—¡Ojalá que diez lanzas atravesen á un tiempo el corazón del traidor!

EL SOLDADO.—Lord Falstolf le opone enérgica resistencia. Los soldados del Duque y los nuestros ponen pie en tierra, y pelean cuerpo á cuerpo.

LA REINA.—¿No ves al Delfín? ¿No conoces las insignias reales?

EL SOLDADO.—Todo está envuelto en polvo. Ya nada distingo.

JUANA.—Si él tuviera mis ojos, ó yo estuviera ahí arriba, ni el más pequeño detalle se me ocultaría. Yo puedo contar al vuelo las aves que pasan, y en las nubes distingo al halcón.

EL SOLDADO.—Junto al foso se traba encarnizada pelea. Los más valerosos, según me parece, batallan allí.

LA REINA.—¿Flota al aire nuestra bandera?

EL SOLDADO.—Flota en lo alto.

JUANA.—Si yo pudiese presenciar el combate por una hendidura, dirigiría desde aquí la batalla.

EL SOLDADO.—¡Ay de mí! Nuestro general es cercado por los enemigos.

LA REINA. (Sacando el puñal contra Juana.)—¡Muere, desdichada!

EL SOLDADO. (Con prontitud.)—Ya está libre. El animoso Falstolf acomete por retaguardia á los enemigos... y rompe sus apretados escuadrones.

LA REINA. (Envainando el puñal.)—Tu ángel de la Guarda ha pronunciado estas palabras!

EL SOLDADO.—¡Victoria, victoria! Ya huyen.

LA REINA.—¿Quién huye?

EL SOLDADO.—¡Los franceses, los borgoñones! El campo está lleno de fugitivos.

JUANA.—¡Dios mío, Dios mío! ¿Hasta tal punto has de abandonarme?

EL SOLDADO.—Allí llevan uno gravemente herido. Muchos vuelan á su ayuda. ¡Es un Príncipe!

LA REINA.—¿Francés ó de los nuestros?

EL SOLDADO.—Le desatan el yelmo. ¡Es el Conde Du-nois!

JUANA. (Sacudiendo vigorosamente sus cadenas.)—¡Y yo sólo soy una mujer encadenada!

EL SOLDADO.—¡Hola! ¡Poco á poco! ¿Quién lleva un manto celeste con estrellas de oro?

JUANA. (Con viveza.)—¡Mi Señor, el Rey!

EL SOLDADO.—Su caballo espantado se alza de manos... lo derriba en tierra... lo hace rodar... se levanta con trabajo. (Juana, al oírlo, se mueve convulsivamente.) Los nuestros acorren; ya lo alcanzan... ya lo envuelven...

JUANA.—¿No hay ya ángeles en el cielo?

LA REINA. (Burlándose.)—¡Ahora es la ocasión! ¡Sálvalo ahora!

JUANA. (Se hincó de rodillas, y con voz animada y fuerte.)—¡Oyeme, Dios, en mi último trance! Mi alma, en mi ansia ardiente, se eleva hacia el cielo y hacia tí. Tú puedes dar tanta fuerza á los hilos de una araña, como á los cables de un navío. Fácil es á tu omnipotencia transformar á su vez en tenues hilos de araña á cadenas de hierro. Si tú quieres, estas cadenas caerán, y se abrirán las murallas de esta torre... Tú socorriste á Sansón, cuando estaba ciego y encadenado, y sufría las burlas amargas de sus arrogantes ene-

migos... Confiado en tí, sacudió vigorosamente las columnas del edificio, que le servía de cárcel, y cayó en ruinas...

EL SOLDADO.—¡Victoria, victoria!

LA REINA.—¿Qué hay?

EL SOLDADO.—¡El Rey ha sido hecho prisionero!

JUANA. (Levantándose.)—¡Que Dios sea conmigo misericordioso! (Agarra con fuerza las cadenas con ambas manos, y las rompe. En seguida se precipita sobre el soldado más próximo, le arrebató su espada, y corre fuera. Todos la miran inmóviles.)

## ESCENA XII.

LOS MISMOS, sin Juana.

LA REINA. (Después de una larga pausa.)—¿Qué ha sido esto? ¿Sueño yo? ¿Adónde ha huido? ¿Cómo ha roto sus pesadas cadenas? Jamás lo hubiese creído, á no verlo con mis ojos.

EL SOLDADO. (En la ventana.)—¿Cómo? ¿Tiene alas? ¿Se la ha llevado el viento?

LA REINA.—¡Habla! ¿Está allá abajo?

EL SOLDADO.—En medio de la batalla... Corre con tanta velocidad, que no puede seguirla mi vista... ahora está allí... ahora aquí... la veo á un tiempo en muchas partes... Hiende los escuadrones... todos ceden ante ella; los franceses se detienen, y se rehacen de nuevo... ¡Ay de mí! ¿Qué veo? Nuestros soldados deponen las armas, nuestras banderas vienen á tierra.

LA REINA.—¿Cómo? ¿Nos arrancarán una victoria segura?

EL SOLDADO.—¡Va derecha hacia el Rey!... ya llega junto á él... lo salva de sus enemigos... Lord Falstolf le acomete... El General es hecho prisionero.

LA REINA.—No quiero oír más. ¡Baja!

EL SOLDADO.—¡Huid, Reina! ¡Seréis sorprendida! Hombres armados se acercan á la torre. (Él baja.)

LA REINA. (Desenvainando su espada.)—¡Así peleáis, cobardes!

### ESCENA XIII.

Los mismos, y LA-HIRE, con soldados. Al entrar, los de la Reina deponen las armas.

LA-HIRE. (Acercándose á la Reina con respeto.)—¡Someteos á la fuerza, señora!... Vuestros caballeros se han rendido, y toda resistencia es inútil... Aceptad mis servicios. Ordenadme adónde he de llevaros.

LA REINA.—A cualquiera parte, siempre que no sea al Delfín. (Dale su espada, y lo sigue con los soldados.)

### ESCENA XIV.

La escena representa el campo de batalla. Soldados con banderas ocupan el fondo del teatro. Delante de ellos, EL REY y el DUQUE DE BORGONA, en cuyos brazos descansa JUANA, herida mortalmente, sin dar señales de vida. Andan con lentitud. INÉS SOREL entra precipitadamente.

INÉS. (Abrazando al Rey.)—¡Sois libre... vivís... os veo de nuevo...!

EL REY.—Soy libre..., pero lo soy á este precio. (Aludiendo á Juana.)

INÉS.—¡Juana! ¡Dios mío! ¡Se muere!

EL DUQUE.—¡Espiró! ¡Así se separan de nosotros los ángeles! ¡Vedla ahí, tranquila y sin dolor, como un niño dormido! La paz del cielo resplandece en su rostro. Ningún soplo de vida se escapa de su pecho; pero hay algún calor en sus manos, y aun no ha muerto del todo.

EL REY.—¡Sucumbió!... No despertará más, y sus ojos no contemplarán nada terrestre. Su alma gloriosa vuela allá arriba, y no ve ni nuestro dolor ni nuestro arremetimiento.

INÉS.—¡Abre los ojos! ¡Vive!

EL DUQUE. (Atónito.)—¿Vuelve á nosotros desde la tumba? ¿Vence á la muerte? ¡Se levanta! ¡Se sostiene!

JUANA. (En pie, y mirando á su rededor.)—¿En dónde estoy?

EL DUQUE.—¡Entre los tuyos, Juana, entre tus compatriotas!

EL REY.—¡En los brazos de tu amigo, de tu Rey!

JUANA. (Después de mirar fijamente á su rededor.)—¡No; no soy hechicera! ¡Cierto que no lo soy!

EL REY.—Eres santa, como los ángeles, pero nuestros ojos estaban en tinieblas.

JUANA. (Sonriendo y contenta.)—¡Y estoy, en efecto, entre los míos! ¡Y ni me desprecian, ni me rechazan! ¡No me maldicen, y se muestran conmigo bondadosos!... Si; todo lo reconozco con claridad. ¡Este es mi Rey! ¡Esas son las banderas de Francia! Pero, sin embargo, no veo la mía... ¿En dónde está? No puedo caminar sin mi bandera. Confíamela mi Maestro, y he de deponerla al pie de su trono, para probarle que le he sido fiel.

EL REY. (Volviendo el rostro.)—¡Dadle su bandera! (Se la entregan. Yérguese con la bandera en la mano. Rosada luz brilla en el cielo.)

JUANA.—¿Veis el arco iris allá lejos? La gloria abre sus puertas de oro; resplandece entre coros de ángeles, oprimiendo su pecho á su Eterno Hijo, y extendiendo hacia mí

sus brazos con dulce sonrisa. ¿Qué siento yo?... Ligeras  
nubes me levantan... mi pesada coraza se trueca en alas.  
Arriba... arriba... Huye la tierra... ¡Breve es el dolor, y  
perpetua la alegría! (Deja caer la bandera, y cae también muerta.  
Todos permanecen largo tiempo conmovidos y callados.. El Rey  
hace una leve señal, y traen todas las banderas, y la cubren con  
ellas.)

FIN DE LA DONCELLA DE ORLEANS.

## GUILLERMO TELL